

## LOS «DISCURSOS FILOSOFICOS SOBRE EL HOMBRE» DE JUAN PABLO FORNER (1756-97)

(Conclusión)

### 5. EL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE

Al analizar el libro de Forner, lo primero que nos llama la atención es la importancia que otorga al conocimiento del hombre, conectando así directamente con el pensamiento más avanzado de su época: «Poco le importa al hombre no saber la esencia de la luz o del aire, porque no el aire ni la luz son el fin del hombre; pero impórtale mucho saber cómo debe obrar, a dónde camina, y cuál y cómo es el objeto de sus acciones, porque, si lo ignora, jamás acertará a cumplir con el orden establecido en su naturaleza peculiar»<sup>1</sup>. Estas palabras las encontramos ya en el *Discurso Preliminar*.

El hombre, al conocerse a sí mismo, se realiza como hombre. Precisamente, la posibilidad de conciencia refleja, la capacidad de autocomprensión, es lo que nos diferencia de los otros seres, repetirá muchas veces el pensador de Mérida. Ese es su signo, y también su tragedia:

El árbol crece, fructifica, vive;  
más ni sabe que vive y fructifica,  
ni gobierna sus obras ni apercibe.  
Pesadumbre o placer el bruto indica  
si es objeto doliente o deleitable  
en que el sentido a su interior aplica.  
Pero nunca se juzga miserable,  
ni dichoso se juzga, y ciego sigue  
en su modo de obrar uno y durable.  
Sólo el hombre, sólo consigue  
obrando comprender la acción que intenta,  
sin que a un constante obrar se ate u obligue<sup>2</sup>.

Por eso, el hombre está llamado a dilucidar «qué lugar tiene la criatura racional en el Universo; para qué nace, para qué vive, para qué muere, para qué raciocina, medita, reflexiona, examina; por qué se en-

1 J. P. Forner, *Discursos filosóficos sobre el Hombre* (Madrid 1787) 20.

2 *Idem*, *l. cit.*, pp. 40-1.

gaña, se aira, se aflije, se alegra...<sup>3</sup>. Forner ve al hombre como un animal de sentido.

Pero, a pesar de esta nuestra condición de seres conscientes, es decir, de seres vueltos sobre nosotros mismos, ningún estudio nos resulta más dificultoso que el del hombre:

¿Qué es el hombre, Damon? Naturaleza  
 cierra el camino a la Razón, oscura  
 siempre que en busca va de su grandeza.  
 Tiene el hombre en sí mismo la ventura  
 que hasta los cielos mismos le levanta,  
 excelso sobre toda criatura.  
 Y ni así se comprende, ni quebranta  
 la ley que un tardo cuerpo le prescribe,  
 peso forzoso que en su ser aguanta.

.....  
 El Animo inmortal, áquel que hiende  
 de todo lo criado el artificio,  
 entendiéndolo todo, no se entiende<sup>4</sup>.

## 6. ESQUEMA DE LA ANTROPOLOGIA FORNERIANA

Forner, sin embargo, no se arredra ante estas dificultades que ofrece el hombre, ante las dificultades de conocerse el hombre a sí mismo. Intenta el estudio del ser humano, aun a sabiendas del riesgo de fracaso que corre la empresa. Como hicimos notar en la primera parte del artículo, reconoce que no ha logrado ofrecer en su *Discursos* (tampoco en los Manuscritos) «un cuerpo de doctrina ni seguida ni trabada entre sí». Si tuviese que empezar de nuevo (él lo intentó), haría un poema metódicamente doctrinal, en que, explicando lo que debió ser el hombre y lo que es ahora, expusiese un sistema probablemente más verídico que todos los que se tienen por célebres entre los filósofos<sup>5</sup>. Tanto en la *Prefación* como en el *Discurso Preliminar* recoge los puntos más importantes en que habría de estribar su sistema. He aquí, esquematizadas y un tanto ordenadas por mí, las ideas fundamentales:

### I.—Puesto del hombre en el cosmos físico

- 1º) El hombre, en cuanto racional, no entra en la ordenación puramente física de la naturaleza material. Por consiguiente, su voluntad obra libremente respecto a las causas físicas.
- 2º) Consecuencia de lo anterior: el hombre no es parte de la naturaleza (universo); es muy probable que éste haya sido creado para el uso del hombre.

3 Idem, *l. cit.*, p 18.

4 Idem, *l. cit.*, pp. 37 y 39.

5 Idem, *l. cit.*, p. 30.

- 3º) Este uso puede ser de dos modos: físico e intelectual.
- 4º) El uso del mundo es factible al hombre porque tiene un cuerpo que le hace «capaz de *habitar* en el mundo», sin ser parte del mismo.

## II.—*El cosmos (orden) propio del hombre*

### A) *Consideración estática: dotación entitativa del hombre.*

- 5º) El hombre tiene, en cuanto racional, un orden peculiar suyo, distinto del Universo, cuyas obras le encaminan a un fin diferente.
- 6º) Este orden consiste en la recta constitución de las potencias intelectuales y morales.
- 7º) El fin de las obras de este orden es Dios.
- 8º) Dios dio al hombre *entendimiento* para que le conociese, *libertad* para que pudiese obrar y *voluntad* para que hiciese meritorias sus obras.
- 9º) El Universo fue creado por Dios para que tuviese siempre el hombre un recuerdo que mantuviese en él la *memoria* de su Hacedor; de manera que el Universo tiene por fin al hombre, y éste a Dios.
- 10º) Paradigma original: Dios creó al hombre con toda la integridad posible en sus potencias intelectuales y morales, en la cual consiste la perfección del orden de su ser.
- 11º) Los medios que dio Dios al hombre para conservar íntegro su ser fueron la ley natural y la religión natural.
- 12º) Dios hizo a los hombres *sociables* para que pudieran ejercer estos medios, y les concedió el *habla* para que pudieran vivir sociablemente.

### B) *Consideración dinámico-histórica: la acción humana, caída y restauración.*

- 13º) El orden del hombre actual está corrompido.
- 14º) Esta corrupción consiste principalmente en la rebeldía de las pasiones y en el abuso de la voluntad.
- 15º) Dios inspiró medios para restituir al hombre corrupto a su primitivo orden.
- 16º) Estos medios fueron: modificar la ley natural con las leyes civiles, y la religión natural con la revelada.
- 17º) Estas modificaciones influyeron en la sociedad (sociedades civiles o estados) y en el culto (culto externo).
- 18º) El culto externo es necesario para mantener la verdadera noticia de Dios y la sociedad civil para contener el desenfreno de las pasiones<sup>6</sup>.

6 Idem, l. cit., pp. 30-34.

En las páginas 29 y 30 de los *Discursos* compendia aún más su pensamiento: «Los puntos principales que me he propuesto desarrollar son:

- La corrupción del hombre,
- la flaqueza de la razón,
- la necesidad de una revelación,
- la existencia de Dios».

Sotelo habla también de *cuatro puntos cardinales* en la filosofía forneriana del hombre:

- qué es el hombre,
- relaciones del hombre consigo mismo,
- relaciones del hombre con la Causa Primera,
- relaciones del hombre con los demás seres, principalmente con los otros hombres.

## 7. REFLEXIONES GENERALES

Un estudio superficial del libro de Forner produce la impresión de estar ubicado en la línea tradicional del pensamiento cristiano y griego. Habla en términos elogiosos de Platón y hace un canto entusiasmado a Santo Tomás, «aquel gran doctor que no dejó verdad alguna que decir a los modernos en asuntos de metafísica y en otras cosas más (...), aquel célebre escolástico (...), aquel sumo teólogo, no sólo católico, sino natural...»<sup>7</sup>. También demuestra una gran veneración por Luis Vives, del cual afirma que es «el primer restaurador de las Ciencias en Europa, y el hombre de mayor juicio que se ha conocido en estas últimas edades; su tratado *del Alma y de la Vida* es un sistema perfectísimo del hombre, en donde (...) se encuentra cuanto después de él se ha escrito con verdad de este ente vario y poco comprensible»<sup>8</sup>. Cuando ya estaban redactadas estas páginas he podido leer por encima un artículo de Jesús Fernández González sobre la «presencia agustiniana en Juan Pablo Forner»; en él, después de una presentación, diferenciación y análisis de contenidos de los *Discursos*, intenta demostrar que la antropología del emeritense está en la línea de la tradición agustiniana, lo cual le ha enriquecido, ya que la antropología «tiene en San Agustín a su mejor continuador» y también —podría agregar— al primer hombre moderno<sup>9</sup>.

Concretando más, añadimos que Forner busca situarse en un terreno intermedio entre ilustrados y escolásticos ultramontanos o residuales, como ya se observó en páginas anteriores. Polemiza contra ambos, aunque de una manera más sobresaliente contra los primeros. Esto —aseguramos entonces— le ha dado fama de reaccionario, incluso de jefe de fila del reaccionarismo histórico español. Pero, ¿es esto verdad? Quisiera que el

<sup>7</sup> Idem, *l. cit.*, p. 242.

<sup>8</sup> Idem, *l. cit.*, p. 366.

<sup>9</sup> J. Fernández, 'Presencia agustiniana en Juan Pablo Forner', en *Augustinus*, XXVI (Madrid 1961) pp. 139-68.

lector cayese en la cuenta de algunos puntos que pueden orientarnos en la respuesta.

1. Hablando en términos generales, resulta ya tópico afirmar que los españoles del XVIII son seres *contradictorios*. «Quiere esto decir —escribe Palacio Atard— que, lejos de presentar esquemas doctrinales sistemáticos, sólidamente consecuentes consigo mismos, ofrecen unos cuadros mentales alógicos y llenos de contradicciones. Preguntaremos: y esto ¿por qué? Me parece que la respuesta debe intentarse de la siguiente manera: estos hombres han sido conformados intelectualmente por fuerzas morales y culturales diversas, divergentes y hasta radicalmente inconciliables»<sup>10</sup>. Dichas fuerzas son: la educación católica, las nuevas tendencias culturales llegadas de más allá de los Pirineos y la ideología o mentalidad burguesa. Las tres capas se han sedimentado de diverso modo en los ilustrados españoles del siglo XVIII. Por eso, continúa Palacio Atard, «como los sedimentos mentales de la ideología de aquellos hombres se han depositado en capas distintas, basta cortar por el plano de una de estas capas para que el personaje se nos aparezca como fiel a la más pura ortodoxia católica o a una rancia tradición española; el mismo personaje que, si lo seccionamos por un plano distinto de su anatomía intelectual, se nos aparece con las huellas indelebles de una sospechosa modernidad anticristiana, o como prefigurador de una España negadora de su herencia histórica»<sup>11</sup>. Esto puede asegurarse tanto de los considerados progresistas como de los que han pasado a la historia con fama de reaccionarios.

2. Concretamente, pienso que en el Forner de los *Discursos* se descubre con facilidad la contradicción que acabamos de señalar. Quizás sea en él más flagrante la superposición de estratos, dada su formación variopinta y autodidacta. Por un cúmulo de razones psicológicas, sociales e, incluso, temperamentales, adoptó claramente el pose de reaccionario contra el mimetismo francés, la «hipercrítica demoledora de todo lo nuestro» (P. J. Andrés), el vértigo de la reforma y la regeneración, el auge social de los mediocres, etc. Cuando Forner ataca a los nuevos filósofos galos, en el fondo está intentando zaherir a sus compatriotas que imitan simiescamente lo extranjero. Por otra parte, lo «extranjero» configura también en buena medida su personalidad intelectual. Pero ésta es otra cuestión.

3. La realidad española del siglo XVIII —interiormente plural y antagónica— dificulta seriamente su comprensión. Sabemos que Menéndez Pelayo la enfocó, en síntesis magistral, desde uno de los ángulos de la polémica: la heterodoxia cristiana y española de la Ilustración. Jean Serrahl dará posteriormente la vuelta a la tesis del santanderino, ofreciéndonos otra visión, cabalmente la del lado contrario: los supuestos heterodoxos son los auténticos herederos o beneficiarios de la savia más noble del pueblo español. Ni una ni otra interpretación han acertado —creo yo— con la clave hermenéutica del hombre del siglo de las Luces

10 V. Palacio Atard, *Los Españoles de la Ilustración* (Madrid 1964) 300.

11 *Idem*, l. cit., p. 32.

en sus máximos representantes. La realidad es mucho más compleja, pues lleva en su interior la paradoja y la contradicción.

4. Vamos a tratar de detectar lo anteriormente dicho en el Forner «reaccionario» de los *Discursos*. Resumiremos brevemente nuestro pensamiento al respecto, para analizar a continuación dos puntos concretos de la antropología forneriana.

a) Forner es un hombre representativo de su tiempo en los temas que aborda y en la forma de abordarlos. En efecto, en su libro aparecen continuamente vocablos como Razón, Ciencia, Libertad, Felicidad, Naturaleza, Hombre nuevo, nueva Sociedad..., tan caros a los hombres de la Ilustración. Por otra parte, la manera de tratarlos es eminentemente crítica, siguiendo también la moda de la época (cfr. el estudio de Laughrin, anteriormente citado).

b) Al enfrentarse con los ilustrados franceses, no sólo acepta temas y forma, sino también buena parte del terreno o campo en que se desarrolla el discurso. Existe, aunque no de forma declarada, cierta unión en rasgos fundamentales, y disparidad y aun oposición en otros menos importantes.

c) Se percibe esto en la enfatización, poco usual entre otros reaccionarios de su tiempo, de las características humanas que analiza (razón, libertad, eticidad...) y en la importancia que les concede en la estructuración global del ser humano.

d) El reconocimiento de los límites del hombre actual e histórico (hombre caído) y el recurso a la religión revelada y a la sociedad civil, no persigue la reducción o empequeñecimiento del ser humano, sino su plenificación, la conquista del «paradigma original» perdido:

El que hoy lamenta su miseria y males,  
congojoso mortal, no de esta suerte  
salió a la luz de la mano poderosa <sup>12</sup>.

Lo sobrenatural no está ahí, frente al hombre, para comerle terreno, para mermar sus facultades, sino para potenciarlas. Entre naturaleza y gracia, entre religión y filosofía, no existe ruptura, sino una especie de continuidad evolutiva.

e) Por último, habla del *fanatismo* en unos términos antropológicos que nos recuerdan a ciertos existencialistas <sup>13</sup>. Por supuesto, para Forner es tan fanático el supersticioso pertinaz que critican los ilustrados como el mismo impío, que, sin matices y más allá de la especulación, afirma y niega de manera apodíctica.

Vamos a intentar descubrir algo de todo esto en dos atributos humanos fundamentales: la razón y la libertad.

<sup>12</sup> J. P. Forner, *Discursos...*, p. 93.

<sup>13</sup> Idem, *l. cit.*, p. 279.

## 8. ANALISIS DE DOS CARACTERISTICAS HUMANAS

Antes de introducirnos en el tema, queremos hacer una advertencia: Forner posee de la razón y la libertad una visión más antropológica que metafísica. Directamente no le preocupa saber qué son *en sí* ambas realidades, sino qué significan o representan *para* el hombre. De forma colateral o sesgada sí le importa conocer la esencia de esos dos rasgos, con los cuales «Dios os distinguió benigno»<sup>14</sup>. La misma óptica antropológica utiliza para estudiar otros temas: Dios, moralidad, *suicidio*... El análisis que realiza de esta última posibilidad humana resulta asombroso para la época: el suicidio es una abdicación, una desposesión de la categoría humana (el hombre ha nacido para ser hombre); contra viento y marea «el hombre debe *esperar* todo mientras viva»<sup>15</sup>. Lo mismo puede decirse de sus manuscritos sobre la *pena de muerte*, de inspiración también antropológica, depositados en la Biblioteca Nacional. Mi buen amigo, el especialista forneriano Jesús Álvarez Gómez, ha pensado en darlos a conocer por la actualidad que poseen algunos de sus planteamientos. Pero pasemos ya a hablar de cada uno de los atributos indicados.

A) *La Razón*. Ante la abundancia y dispersión de material que existe en los *Discursos* sobre este punto, vamos a resumirlo y ordenarlo de alguna manera.

a) *La Razón* —escribiremos la palabra con mayúscula, como lo hace el mismo Forner— es lo que distingue esencialmente al hombre de los animales y demás seres. La Razón es también raíz de otras prerrogativas humanas, como la voluntad y la libertad. Por la Razón el hombre pertenece a un *orden distinto* dentro del Universo y, en cierto modo, distinto del mismo orden del Universo. El orden del Universo —afirma el pensador de Mérida— se compone de los órdenes de sus especies:

¿Crezco? Soy planta

¿Siento? Soy animal

¿Raciocino? Este es mi orden, este es el orden que me distingue<sup>16</sup>.

A lo largo de todo el libro existe una apelación constante al orden de la racionalidad, que es el orden propio del hombre: «Este orden consiste en las leyes de nuestra racionalidad...; la principal facultad del alma es la de conocer racionalmente...; el don divino de la Razón es regla e instrumento de la felicidad, de la realización del hombre en cuanto hombre»<sup>17</sup>.

b) Con palabras que nos recuerdan a algún filósofo contemporáneo, afirma el emeritense que, al poseer el hombre un orden propio (el de la racionalidad), no es parte del Universo, sino su *habitador*:

Hallará que el humano entendimiento  
a diverso progreso sometido

14 *Idem*, *l. cit.*, p. 279.

15 *Idem*, *l. cit.*, pp. 220 y ss.

16 *Idem*, *l. cit.*, pp. 118-19.

17 *Idem*, *l. cit.*, pp. 154, 1.588 y 396.

no es eslabón del orbe en que ha nacido <sup>18</sup>.

.....  
 No parte, *habitador* tu entendimiento  
 del Universo es. Dé a su grandeza  
 cuanto darle es debido, el pensamiento <sup>19</sup>.

En las *Ilustraciones* al *Discurso II* explica más su pensamiento: «El hombre, para vivir en el mundo, no necesita ser racional; las leyes de la racionalidad ni participan ni se enlazan con las universales de la Naturaleza corpórea: el entendimiento no es parte, es *habitador* del mundo» <sup>20</sup>.

Como la «naturaleza racional del hombre no está enlazada con la universal del mundo» <sup>21</sup>, se eleva sobre todo lo creado, abarcándolo:

la inmensidad que abarca lo criado <sup>22</sup>.  
 La Razón se eleva, vuela y pasa

A través de ella, el hombre se remonta hasta los mismos montañas de su ser. En efecto, por la Razón el ser humano es *espectador* y *explicador* de Dios y de las cosas que produce <sup>23</sup>.

Todas estas ideas fornerianas —que a algunos habrán hecho recordar ciertos planteamientos de los fundadores de la Antropología, como Scheler, Plessner, etc.— merecen una atención especial, aunque no se la vamos a otorgar ahora, porque ello rebasaría el cometido del presente artículo.

c) Forner vincula esencialmente el orden de la racionalidad humana a la *sociabilidad*. Se pregunta el emeritense en la p. 289 de sus *Discursos*: «¿Y cuál es este orden, el del hombre?». Responde así: «No otro que el recto ejercicio de las obras del entendimiento y de la voluntad; obras que ni se pueden practicar ni perfeccionar sin la unión sociable». En páginas anteriores ya había explicado con mayor prolijidad esta idea: «El estado verdaderamente natural del hombre es el sociable. La razón se toma de la misma naturaleza del hombre, incapaz de llegar al último extremo de su perfección posible en otro estado que no sea el de la Sociedad...; las criaturas dotadas de Razón han sido creadas para comunicarse recíprocamente, y ejercitar unas con otras los oficios de la racionalidad» <sup>24</sup>.

d) Ante los desmanes de los racionalistas —verdaderos chantajedores de la Razón humana, según J. P. Forner— no renuncia éste a dicho privilegio ni lo minusvalora, sino que lo *afirma* con rotundidad:

Triunfe nuestra Razón. Si nos fue dada,  
 para usarla fue dada <sup>25</sup>.

18 Idem, *l. cit.*, p. 371.

19 Idem, *l. cit.*, p. 47.

20 Idem, *l. cit.*, pp. 221-22.

21 Idem, *l. cit.*, p. 47 (nota).

22 Idem, *l. cit.*, p. 50.

23 Idem, *l. cit.*, p. 191.

24 Idem, *l. cit.*, p. 283.

25 Idem, *l. cit.*, p. 115.



Ella es garantía de nuestra pervivencia:

Si muere el hombre cuando el cuerpo muere  
¿para qué la Razón? <sup>26</sup>.

e) El pensador de Mérida opina que la Razón es algo bastante *complejo*: no puede ser definida o descrita con un solo trazo. Por de pronto, afirma que la Razón pertenece a la porción espiritual del hombre. Ahora bien, «está demostrado de mil modos la repugnancia del pensamiento con la materia», dice con palabras de aparente resonancia cartesiana <sup>27</sup>. Por eso, el conocimiento racional se distingue esencialmente del sensible y «juzga de la naturaleza de las percepciones» <sup>28</sup>. En la p. 128 y ss. enumera las facultades cognitivas superiores del hombre: Razón, Inteligencia o Apercepción, Ingenio, Juicio...; aquí habla de la Razón en sentido estricto o limitado, cosa que no hace en otras ocasiones.

f) Dedicó Forner varias páginas al tema del *despliegue y vicisitudes* de la Razón humana. Parte de este supuesto: el hombre, en un principio, poseyó «la integridad de la Razón suprema» <sup>29</sup>. Pero después, a consecuencia del pecado de origen —el pecado es para él una categoría antropológica—,

perdió su oficio la Razón y al punto  
desconoció a su Dios y los deberes  
alteró primitivos. El Dominio  
inventó leyes nuevas, Dioses nuevos... <sup>30</sup>.

Este deterioro no fue brusco, sino paulatino. Señala el de Mérida varios pasos o momentos en el proceso. Sería interesante averiguar hasta qué punto estuvo presente la idea del «buen salvaje» en el esquema forneriano:

1º El hombre ejerce la Razón para atender a las *necesidades básicas*:

Poder vivir esentos de peligro  
fue la ciencia primera de los hombres <sup>31</sup>.

2º El hombre vuelve su atención hacia lo *superfluo*.

Tornáronse a buscar lo que ofreciera  
no ya seguridad, sino regalo  
y deleyte tal vez... <sup>32</sup>.

<sup>26</sup> Idem, *l. cit.*, p. 108.

<sup>27</sup> Idem, *l. cit.*, p. 180.

<sup>28</sup> Idem, *l. cit.*, p. 186.

<sup>29</sup> Idem, *l. cit.*, p. 95.

<sup>30</sup> Idem, *l. cit.*, p. 105.

<sup>31</sup> Idem, *l. cit.*, p. 59.

<sup>32</sup> Idem, *l. cit.*, p. 59.

3º La Razón se deprava a causa de la *ambición y la soberbia*: «El dominio inventó leyes nuevas, nuevos Dioses...». El poeta se pregunta:

O tú, Necesidad, ¿por qué cesaste  
de aguijar el conato de los hombres? <sup>33</sup>.

4º Resultado final: La Verdad huye, mientras triunfan la *Guerra y la Opinión*:

La Verdad, fugitiva...  
subióse al cielo, y nos dexó en castigo  
la ambición de saber...;  
...al fin se hicieron  
la Guerra y la Opinión reynas del mundo <sup>34</sup>.

g) La situación actual del hombre es de «Razón caída» y de dominio de las pasiones: «La Razón pierde allí su ejercicio; y un hombre sin Razón óno es hombre» <sup>35</sup>. En el *Discurso V* nos presenta un cuadro con pinceladas tétricas sobre el hombre *des-racionalizado* y, por ende, *des-humanizado*. Comienza con estos versos:

Vive el Mortal de la apariencia vana,  
Batilo, y con la insana  
locura que le incita,  
por hacerse mayor su ser limita.  
¿Qué hallarás en el hombre,  
si el hombre se llama racional? El nombre <sup>36</sup>.

Con la Razón maltrecha y una Ciencia que «se tuerce a la ostentación..., es asilo de impiedad... y no procede con uniformidad...», el hombre resulta un ser alienado, es decir, vaciado o desposeído de sí mismo y, en última instancia, *forastero*:

Forastero en su patria, da el deseo  
rienda a la inquisición de otras razones... <sup>37</sup>.

h) Si los hombres «no están hoy como salieron de las manos de su Creador» <sup>38</sup>, la *Religión revelada* trata de devolverlos o acercarlos a su estado prístino:

Ella precede a la Razón incierta  
con antorcha brillante  
sus pasos aclarando o dirigiendo <sup>39</sup>.

<sup>33</sup> Idem, *l. cit.*, p. 61.

<sup>34</sup> Idem, *l. cit.*, pp. 62-3.

<sup>35</sup> Idem, *l. cit.*, p. 341.

<sup>36</sup> Idem, *l. cit.*, p. 137.

<sup>37</sup> Idem, *l. cit.*, p. 42.

<sup>38</sup> Idem, *l. cit.*, p. 18.

<sup>39</sup> Idem, *l. cit.*, p. XV.

La Revelación no suplanta a la Razón, sino que la ayuda, potencia y complementa; cumple, por consiguiente, una alta función antropológica. La Revelación es, en un postrer análisis, la conquista de la Racionalidad perdida.

B) *La Libertad*. Las ideas de Forner sobre la Libertad son paralelas o parecidas a las que tiene acerca de la Razón. Y es lógico: para él, la primera deriva ontológicamente de la segunda. Vamos a procurar condensar su pensamiento en unos cuantos apartados:

a) En primer lugar, el emeritense *afirma* la Libertad del ser humano, en contra de cualquier Determinismo y Fatalismo, de los que se prodigaban en su época: el hombre, en cuanto ser libre, que tiene la facultad de obrar por sí, se desprende de la trabazón de las causas de la Naturaleza <sup>40</sup>. Entiende, por consiguiente, la Libertad, en un primer momento, como *liberación de...* Concreta más su pensamiento en páginas ulteriores: «En el hombre no hay otra *necesidad* que la de ajustarse a lo bueno y justo; y esta *necesidad*(...) nace(...) del mismo hecho de tener potestad para no ajustarse: y ve aquí la esencia legítima de la libertad, no fundada en metafísicas vanas y antojadizas, sino en el sentimiento íntimo que experimenta cada uno dentro de sí mismo» <sup>41</sup>.

b) Para Forner, la Libertad es esencialmente la capacidad de *auto-gobierno*, la capacidad de *autocreación*: «Somos libres; y esto lo que quiere decir es que nuestra perfección depende de nuestra mano, esto es, que Dios dejó a nuestra discreción el colocarnos en el último grado de perfección que nos pertenece. Nuestro ánimo consta de *Entendimiento* para saber obrar, de *Voluntad* para querer obrar, y de *Libertad* para poder obrar» <sup>42</sup>. En otro lugar cita a Santo Tomás en apoyo de su tesis: «Quod creaturae rationales gubernantur propter seipsas, aliae vero in ordine ad eas».

c) La Libertad, así entendida, confiere al hombre su *máxima dignidad*: «La gran dignidad del ser racional consiste principalmente en esta potencia» <sup>43</sup>. En la misma página y en la anterior encontramos un canto apasionado del hombre libre:

Por sí vive y se mueve: multiplica  
sus obras voluntario, o las reprime,  
y él mismo a sus decretos las aplica.  
Arbitro de sí propio, ora deprime  
su gran dignidad, o la levanta,  
según la nota que en su obrar imprime <sup>44</sup>.

d) La *corrupción* del hombre —de la que habla largo y tendido en *el Discurso III*— implica un serio menoscabo en su Libertad. La Libertad,

<sup>40</sup> Idem, *l. cit.*, p. 386.

<sup>41</sup> Idem, *l. cit.*, p. 392.

<sup>42</sup> Idem, *l. cit.*, p. 191.

<sup>43</sup> Idem, *l. cit.*, p. 39 (nota).

<sup>44</sup> Idem, *l. cit.*, p. 48.

otorgada al hombre para hacerse a sí mismo según un orden peculiar, puede terminar por destruirle, al apartarle de la norma propia:

Si es distintivo la Razón del hombre  
 ¿por qué perderla puede?...  
 El bruto y la ave su rigor conservan  
 porque no han decaído...  
 Sola tu especie en el vivir procede  
 inconstante, sin norma, en tantos usos  
 partida cuantos son los individuos<sup>45</sup>.

e) Pero la misma caída es efecto de la Libertad: «víctima de su esencia», llama Forner al hombre<sup>46</sup>. El ser humano resulta, según esto, un animal *paradójico y contradictorio*: «El contradecirse en la producción de las obras... es propiedad de los entes inteligentes. La contradicción es efecto de la libertad(...). Este tránsito contradictorio del desear al aborrecer, del aborrecer al desear, y el quebrantamiento de las leyes de su naturaleza, es peculiarísimo del hombre»<sup>47</sup>. Los brutos no pueden hacerlo porque el *instinto* uniforma y mantiene su conducta en orden a la conservación de la vida y de la especie. En el hombre, por consiguiente, existe un *principio diferentísimo*, con fin ajeno a la simple supervivencia individual y específica: «Las operaciones del alma no se encaminan a la conservación esencial de la vida(...); el alma es inútil para vivir; está, luego, su fin mucho más allá de la vida»<sup>48</sup>.

f) En el *Discurso V* nos ofrece una *descripción lúgubre* del mundo humano herido en su Libertad, de manera grave, por el pecado. Entre otros rasgos, llaman la atención los que siguen, porque denotan la anticipada preocupación social del emeritense:

discordias, muertes, guerras,  
 labrar murallas, inventar en tierras  
 dominios exclusivos,  
 vivir para hacer presa de los vivos,  
 a viles servidumbres  
 el hierro sujetar a los que iguales  
 nacieron para el uso de las cosas<sup>49</sup>.

g) La recuperación del hombre para el hombre, la conquista de su Libertad, la tiene que hacer el hombre mismo. Pero no el hombre aislado o individual, sino —como ya se sugería antes— el hombre en sociedad o *comunidad generosa* con el hombre (cabe también una sociedad egoísta, basada en la necesidad, que no ayuda en la tarea de la humanización): «El hombre ha nacido para la Sociedad(...). Y esta inclinación no nace

45 Idem, *l. cit.*, pp. 100-1.

46 Idem, *l. cit.*, p. 72.

47 Idem, *l. cit.*, pp. 307 y 320.

48 Idem, *l. cit.*, p. 325.

49 Idem, *l. cit.*, p. 162.

(como ya lo advirtió nuestro Vives) de la necesidad de acudir a las miserias de la vida, sino de la misma constitución del hombre»<sup>50</sup>.

h) Sin embargo, la Sociedad humana no basta por sí sola para «des-hacer el entuerto». Vuelve a preguntarse Forner:

¿Quién hará bueno al hombre, a esta criatura creada para ser buena?...<sup>51</sup>.

La respuesta es obvia, si tenemos en cuenta el esquema mental del emeritense: la *Religión revelada*, la Gracia de Dios. Al Ser Supremo no lo considera Forner como amenaza o límite de la Libertad humana, sino como condición, causa y garantía de la misma.

La lectura que acabamos de hacer de los *Discursos* de Forner, sobre todo en lo que se refiere a los dos puntos escogidos, coincide fundamentalmente con las ideas expuestas por el escritor de Mérida en los *Manuscritos* de Grinda, redactados, unos antes y otros después de los *Discursos*. Ya dijimos al principio que los escritos pertinentes están recogidos fundamentalmente en el Legajo 4 bis. En ellos se habla, de forma fragmentaria y a manera de apuntes, sobre infinidad de temas antropológicos. En el apartado titulado precisamente *El Hombre* (hojas 31 a 53) escribe Forner acerca del hombre perfecto y del perfeccionando, la consideración moral del ser humano, el orden especial del hombre y su estado primitivo, las contradicciones humanas, la independencia del hombre frente al universal y los particulares, la naturaleza del hombre y la Sociedad, etcétera. Sin embargo, opino que quizás tienen mayor interés los borradores dedicados al *Instinto* (hojas 60 a 92). Para el emeritense, el bruto no posee más que instinto; el hombre, en cambio, es un animal de Razón y Libertad: aquí radica la diferencia esencial entre ambos. Pero al ser el hombre también animal, resulta una mezcla difícilmente comprensible. Cuando expone o insinúa sus ideas sobre la *Libertad* (hojas 104 a 126), se fija principalmente en las dificultades inherentes al ejercicio de esta facultad humana, aunque a veces también intenta definirla. En las páginas dedicadas a la *Sociedad* (hojas 127 a 132) recoge sugerencias sobre su origen, su no oposición a la libertad individual, su cometido con relación a la Libertad y la Razón etc., repitiendo ideas desarrolladas en otros apartados. El tema obsesivo de la necesidad de la Revelación lo aborda Forner varias veces en las primeras hojas (1 a 20).

## 9. CONSIDERACION FINAL

Cerramos ya el artículo, resumiendo lo anteriormente expuesto en unas apretadas conclusiones:

1ª Forner es un español representativo, enormemente representativo, de su tiempo, con las luces y también las sombras que le caracterizan.

<sup>50</sup> Idem, *l. cit.*, p. 292.

<sup>51</sup> Idem, *l. cit.*, p. 103.

2ª Debemos considerarle como auténtico ilustrado, aunque portando una impronta peculiar que, frecuentemente, le hace parecer todo lo contrario.

3ª A pesar de no haber nacido todavía la antropología en cuanto ciencia rigurosa, sabe utilizar con relativa corrección el «punto de vista antropológico» para plantear y resolver diversos problemas humanos.

4ª El estudio general del siglo XVIII español ayuda ciertamente a entender al emeritense. Pero, a la vez, la investigación del pensamiento forneriano sobre el hombre puede aclarar bastante la fisonomía de la contradictoria y polémica centuria, ya suficientemente analizada desde otras vertientes. Nos falta en España un libro similar al de Michèle Duchet (*Antropología e Historia en el Siglo de las Luces*). La *idea* y el *ideal* de hombre que tuvieron nuestros ilustrados explican en buena proporción sus comportamientos, tanto individuales como colectivos. Urge descubrir el modelo antropológico que subyace a cualquier manifestación del español dieciochesco, para comprenderla de una manera más radical.

5ª Por último Forner —siguiendo la trayectoria de otros compatriotas— resulta un auténtico *precursor* en varios puntos que hemos subrayado y en otros cuya «actualidad» salta a la vista del lector entendido.

Nos ha llevado a estas conclusiones la lectura objetiva y desapasionada —así lo pensamos— de los *Discursos Filosóficos sobre el Hombre*, como también la consulta de los diversos Manuscritos fornerianos (legajos, Cuaderno...), que se encuentran en el Archivo de Grinda.

## PREFACION A «LOS DISCURSOS FILOSOFICOS SORE EL HOMBRE»

(Conclusión)

El fin de las acciones deste orden es Dios: cuya existencia se prueba por que si no existiera, las acciones del orden del hombre no tendrían fin alguno.

Dios dio entendimiento al hombre para que le conociera: voluntad para que obedeciese a su orden peculiar y libertad; para que hiciese meritorias sus obras. (*En nota marginal escribe*): no conociéndose otro uso más excelente en q.puedan egercitarse estas potencias.

El Universo fue creado por Dios para que en lo admirable de su construcción tubiese siempre el hombre un recuerdo que mantuviese en el la memoria de su Hacedor; y este es el uso intelectual. De manera qe. el Universo tiene por fin al hombre, y este a Dios.

Dios creó al hombre con toda la integridad posible en sus potencias intelectuales y morales, en la qual consiste la perfeccion u orden de su ser. De otro modo Dios hubiera creado un ente imperfecto en su ser, lo qe. es opuesto a su infinita Justicia y Sabiduría.

Los medios que dio Dios al hombre para conservar integro su orden fueron la Ley natural y la Religión natural, cuya observancia le encaminaba a su fin.

Dios hizo a los hombres sociables para que pudiesen egercitar estos medios; y les concedio el habla para que pudiesen vivir sociablemente. (*En un recuadro*

*dice*): El verdadero estado natural del hombre es el de la sociedad inocente o sin vicios.

El orden del hombre esta corrompido; porque ã no estarlo ni huviera vicios en el mundo, ni dominãra en el la idolatria, ni se cansarian los filosofos de aberiguar la naturaleza de Dios y las obligaciones del hombre. (*En nota marginal*): ni (lo qe. es la mayor prueba) tendria este trabajo alguno en perficionar su ser al modo qe. no le tienen los demãs entes.

Esta corrupcion consiste principalmente en la reveldia de las pasiones: y en el abuso de la libertad. (*En notas marginales dice*): Las pasiones pueden mas q. la Razon en el hombre y he aqui en lo qe. consiste estar trastornado su ser. Las pasiones no pertenecen al hombre en quanto racional, sino en quanto animal.

Dios, viendo al hombre corrupto, inspiró medios que le restituyesen en algun modo ã su primitivo orden: obra de una infinita Bondad.

Estos medios fueron modificar la Ley natural con las leyes civiles, y la Religión natural con la Rebelada.

Estas modificaciones influyeron en la Sociedad y en el culto: y de aqui las sociedades civiles o estados; y el culto externo de la Religion.

El culto externo es preciso en la verdadera Religión, para mantener en la verdadera noticia de Dios; y la sociedad civil para contener el abuso de la libertad, y el desenfreno de las pasiones.

Las pruebas que confirmarian estas proposiciones, darian un campo dilatissimo ã la meditacion del juicio, y la amenidad del ingenio si por dicha caiesen en manos mas hãviles que las mias. Se verian probadas invenciblemente la libertad del hombre, la necesidad de que en sus obras hay moralidad intrinseca, la inmortalidad del alma, puntos en que versan mas principalmente las controversias de los sofistas. La corrupcion de la naturaleza humana, deducida de la excelencia de su orden primitivo, orden que no existe ya, aunque. si existiera los hombres carecerian de conciencia, la qual nacio con la corrupcion, no siendo ella otra cosa que el juicio intimo que hacemos de que nos oponemos frecuentemente al orden de ntro.ser. Los sistemas de los Tratadistas destruidos con la simple suposicion de que el hombre, en quanto racional, no es parte o eslabon de la cadena del Universo, sino un ente sometido ã otro orden distinto que no tiene nada que ver con los movimientos necesarios de la materia. La necesidad de oprimir y enfrenar las pasiones deribada de su reveldia: reveldia tan clara y patente en las obras del hombre que no se conqe. furor osan afirmar que en saber seguir los impulsos de las pasiones consiste la felicidad humana, quando esta consiste principalmente en saberlas refrenar y contener. En fin, probada filosoficamte. la necesidad de la Rebelacion, no quedaria efugio ã los sofistas para refutar los dogmas del cristianismo contrarios ã la Razon, porque hallando esta que la Rebelacion es precisa para cumplir con las obligaciones de la vida racional, se veria precisada ã adoptar la mas santa entre las de la tierra, y ã someterse por consiguiente ã los arcanos inefables del Criador.

Mucho desto, hay en los Discursos: y me ha parecido oportuna esta exposicion para que se perciban con alguna mas facilidad. Algunas notas puestas al fin, facilitaran tambien la inteligencia de algunos puntos arto intrincados quales son los de la libertad, alma de los brutos, fin del mundo, y algunos otros que no se pueden explicar tan bien en el verso, como en la prosa. He procurado convencer ã los que se llaman Filosofos con la Filosofia. Si en mis racionios se hallare algo de bueno, atribuyase ã la bondad de la causa: lo malo no puede pertenecer ã otro qe. ã mi.

Estas y otras muchas consideraciones, me pusieron la pluma en la mano para escribir los Discursos qe. doi a publico quando apenas era yo capaz de

manejarla en asuntos frívolos, quanto mas en los que son por sí tan serios y delicados. No lo digo esto por arrogancia. Dígolo sí, porque no es justo que padezca la causa de la bondad por la temeridad de un joven.

Mi tal qual aplicación a los estudios filosóficos, me hizo contraer el hábito de desestimar todo lo que se presenta con nombre de sistema, bien convencido de que los sistemas existen solo en el cerebro de los Filósofos. La extravagancia de muchas de sus opiniones, su tono audaz y despreciador, sus guerras mutuas, su ridículo magisterio, y su intolerable amor propio, espolearon mi ánimo y me indujeron á manifestar que la verdadera Filosofía no solo no se opone, sino antes bien favorece a la Religión y prueba invenciblemente la necesidad de que la haya, y de que sea sola una en la tierra. En vano se cansó en enseñar el Presidente Montesquieu la diversidad de Religiones que convienen á cada especie de estados políticos, y en vano también Rosseau en probar que el riguroso ejercicio del Cristianismo no es á propósito para criar buenos soldados. Estos hombres debieran considerar que si los hombres tuvieran una sola religión, y la observaran devidamente, no habría entonces en el mundo necesidad ni de soldados, ni de estados políticos. Reinarian sobre la tierra la paz, el candor, y la virtud para que fuimos puestos en ella, y es certísimo que la Rebelación de Jesucristo no tubo otro fin que el de restituirnos en alguna manera á aquel estado puro y tranquilo para que nacimos. Figurense nuestros Filósofos sistematicos el sistema de un mundo cristiano, en que todos los individuos observasen puntualmente la Moral y enseñanzas que predicaron Jesu-Cristo y los Apostoles. Se podría dar un espectáculo mas santo, mas justo, mas tranquilo? Podía compararse con el ninguno de los sistemas frívolos de la devil y vana Filosofía?

Me he atrevido pues á oponer una filosofía cristiana, a muchos sistemas sofisticos que existen solo en la vanidad de los que los inventan o adoptan.

*Nota.* En las últimas páginas del manuscrito hay muchas tachaduras, aunque se puede leer perfectamente el contenido. No las he transcrito por tratarse generalmente de ideas reiterativas que figuran en el texto.

FRANCISCO RODRIGUEZ PASCUAL